

Viernes de la I semana de Adviento

Quito, 7 de diciembre de 2012

Queridas hermanas y queridos hermanos:

En el relato de hoy se nos presenta Jesús atendiendo los gritos del cuerpo de dos ciegos. Jesús empleó su vista para mirarlos, su oído para escucharlos, su corazón para atenderlos, su boca para comunicarse con ellos, su tacto para tocarlos y sanarlos. Jesús empleó todo su cuerpo para aproximarse a los ciegos y dejar que se le aproximaran. Todo el cuerpo de Jesús fue receptivo y dio respuesta a la súplica de los ciegos. Todo el cuerpo de Jesús transmitió y ofreció aquello que los ciegos gritaban: misericordia, compasión: *“Ten compasión de nosotros, hijo de David”*. La compasión de Jesús y la fe de los ciegos hizo posible el milagro.

Los ciegos reconocen a Jesús como Mesías, por eso lo llaman *“hijo de David”*. Ellos no habían visto los milagros de Jesús, en cambio creen en Jesús. Imaginamos que la fe en Jesús les vino por lo que habían oído hablar de él. Estos ciegos no ven y creen. Dichosos ellos por creer sin haber visto. Es curioso apreciar cómo a los ciegos les tocó caminar detrás de Jesús hasta la casa antes de que se produjera la curación. Los dos tuvieron que hacer un itinerario de fe. Aprendieron a fiarse de Jesús. Si han recibido el don de la fe, es para caminar detrás de Jesús, para seguirlo como discípulos misioneros y divulgar su fama por toda la región. ¿Pues de qué les serviría recobrar la vista si luego no tienen la visión de Dios, una mirada limpia como la de Jesús y seguirlo? La fe de estos dos ciegos no sólo hizo que recuperaran la vista sino también la visión para proclamar a Dios y ayudar a otros para que vean: es decir, para que reconozcan que Jesús de Nazaret es el Mesías, el Ungido, el Hijo de Dios, y que como él deben seguir escuchando los gritos de los cuerpos de quienes sufren.

Me llama la atención también en este relato, que Jesús habla como su madre María. María dijo al Ángel: *“hágase en mí según tu palabra”*. Jesús dice: *“Que suceda (hágase) como ustedes han creído”*. María enseñó a Jesús crecer en la fe, a vivir su itinerario de fe. María abrió los ojos a Jesús. María enseñó a Jesús que para Dios, su Padre, nada hay imposible y que todo es posible para el que cree. Cada milagro, pues de Jesús, no sólo manifiesta la confianza de Jesús hacia su Padre, sino que también cada milagro es un poema que elogia la fe de su madre María. Cada milagro de la vida se lo debemos también a María.

Jesús, por su fe, cree que puede curar a los ciegos, y los ciegos por su fe, creen que pueden ser curados por Jesús.

Que recuperaran la vista los ciegos era un signo de la llegada del Mesías, de su presencia en medio de su pueblo; era un signo del Reino. ¿Es en nuestro cuerpo y en los cuerpos de nuestros hermanos/as el sentido de la vista un signo de la presencia del Reino? ¿Cómo miras a tus hermanas/os? ¿Está tu mirada puesta en los pobres, en los que no saben cómo orientarse en la vida, precisamente porque no tienen una visión con sentido de sus vidas? ¿Tu sentido de la vista se deja llevar por lo que es contrario al Reino, por lo que nos enferma y daña la vida: las adicciones que entran por los ojos y dañan el corazón, la indiferencia que no te deja ver (ojos que no ven corazón que no sienten), las cosas materiales que debilitan la fe y el compromiso, etc.? Continuamente necesitamos que nuestros ojos se claven en Jesús y que su palabra, su *hágase*, mantenga siempre abiertos nuestros ojos, para saber mirar con misericordia a quienes se acercan gritando y comportarnos con compasión con ellos. El sentido de la vista con la mirada de la fe nos permite hacer presente el Reino. Lo que hemos visto lo anunciamos de palabra y de obra. De manera que si alguno al escucharnos no cree por las palabras, que al menos al vernos nos crea por la obras. Como Jesús, es misión nuestra seguir abriendo los ojos y dar visión a los ciegos, a los que viven en tinieblas, en oscuridad. Que el Espíritu Santo nos ayude como vida religiosa a seguir encontrando las maneras de poder hacerlo. Amén.